

## LA PINTURA ESPAÑOLA EN EL REINADO DE ALFONSO XIII\*

Si la cultura española tiene en Occidente un lugar de primacía, que la sitúa al nivel de la francesa, de la alemana o de la italiana, es solamente por dos siglos: el que corre de 1550 a 1650 —el siglo de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz, de fray Luis de León, de Cervantes, de Lope, de Calderón, de Velázquez, del *Españoleto*, de Zurbarán, de Cano, de Montañés y de Juan de Herrera...— y el que se desarrolla de 1825, en que todavía pinta Francisco de Goya, hasta 1925, en que ya pinta Pablo Picasso. Y en esta última centuria, los años estelares son los que comprenden el primer cuarto, a lo más el primer tercio, del siglo actual. Asombra la proliferación de valores excepcionales españoles en todos los campos de la cultura, incluso en aquellos de la ciencia pura o la técnica aplicada, no demasiado frecuentados antes —o al menos así se asegura en demasía— por el genio hispánico. Es curioso notar que, como sucede en otros períodos de nuestra historia —los reinados de Felipe IV y de Carlos IV; antes, quizás también, la época de los últimos Trastámara, antecesores de los Reyes Católicos—, este esplendor coincida con una extrema decadencia política y económica, con grandes desventuras nacionales: la pérdida de la hegemonía europea, la de los restos del imperio colonial y, anteriormente, en la ocasión señalada, la grave crisis que culmina en «la farsa de Avila».

Sólo vamos a destacar en los primeros veinticinco o treinta años de este siglo, que coinciden aproximadamente con el reinado de Alfonso XIII (1902-1931), los valores pictóricos. Son tan extraordinarios que motivan el que, por primera vez, el arte moderno español obtenga una valoración internacional, que, dicho sea de paso, luego nunca ha perdido del todo. El siglo xx se inicia con el triunfo resonante en la Exposición Internacional de París de un español, el valenciano (también lo era Mariano Benlliure, triunfador asimismo entonces) Joaquín Sorolla Bastida, que había sabido injertar el gran hallazgo de los impresionistas franceses en la tradición pictórica española: el nuevo sentimiento de la luz, del ambiente, de las calidades, de los valores ópticos, en el viejo y gran concepto pictórico, monumental, de Ribera, de Velázquez, de Zurbarán... Sorolla llevaba a sus últimas consecuencias luministas los logros de los primeros introductores del impresionismo y del «plenairismo» en España: el gran pintor asturiano, de Ribadesella, Darío de Regoyos (1857-1913), seis años

mayor que Sorolla (1863-1923), y el madrileño Aureliano de Beruete (1845-1912), algo anterior, pero un poco «vida paralela» de Regoyos —su gran amigo y, al cabo, pariente—, ambos grandes paisajistas, y como tales, aunque diversos, seguidores del verdadero innovador de la pintura española, Carlos de Haes (1829-1898), el belga hispanizado, que «sacó» al campo, a la sierra, a los alumnos de la Escuela madrileña de San Fernando, liberándolos del contrasentido de aprender a pintar paisaje en un local interior del caserón de la Escuela (el viejo palacio de los Goyeneche), en la calle de Alcalá. Huelga decir que sobre Sorolla pesaba también, beneficiosamente, el influjo de su paisano Ignacio Pinazo Camarlench, tan brioso iniciador, un poco «por su cuenta», del impresionismo en Valencia.

Hay una espléndida floración de grandes pintores en toda España, aun en aquellas de sus regiones, como la vascongada o la astur, por ejemplo, de más modesta tradición artística. Por los años «diez», el eibarrés Ignacio Zuloaga Zabaleta (1870-1945), hijo de una familia de famosos orfebres y ceramistas, es exaltado por los críticos y cotizado por los marchantes internacionales, favoreciendo quizás su popularidad —aparte de su arte extraordinario, vigoroso— el hecho de haber toreado alguna vez, o algunas veces, como Goya, figurando en viejos carteles, que hemos podido ver, como Ignacio Zuloaga «el Pintor». Enamorado a la vez de Vasconia y Castilla, su arte recibe el impacto del modernismo devorativista parisiense, fruto de sus largas estancias en la capital francesa. Acusa también la influencia del fino dibujo de Velázquez y Ribera y, en general, de los grandes maestros barrocos españoles. También en el país vasco florecen los hermanos Ramón y Valentín de Zubiaurre y Aguirrezábal, éste nacido en Madrid en 1879 y muerto en 1963, y aquél, en Garay (Vizcaya), solar de la familia, en 1882 y fallecido en 1969. Hijos de un músico notable, que fue maestro de capilla del palacio real, por paradoja de la vida nacieron sordomudos, buscando en los pinceles la belleza que no podían conseguir plenamente del pentagrama. Su pintura, de firme trazo y colorido puro y simple, tiene un indudable sentido musical. De Vitoria es Gustavo de Maeztu (1887-1947), de madre inglesa, afincado en Bilbao, gran viajero, que gusta de una temática vigorosa y casi épica, expuesta con amplia y contrastada factura de tonos grises y, a veces, muy vivos. Ricardo Baroja (1871-1953) fue, además de buen pintor, excelente acuafortista, y el bilbaíno Aurelio Arteta (1885-1943), gran maestro de la composición, artista del color puro y experto en la técnica al fresco. Tam-

\* Extracto de la conferencia inaugural del año académico pronunciada en la solemne sesión del día 14 de febrero de 1971.



«Pescadores», por Arteta. Museo de Bilbao

bién el vitoriano Fernando América, paisajista, tan fiel intérprete de las llanuras alavesas, y otros, entre los que destacan Elías Salaverría Inchaurrendieta, de

son muchos los catalanes, casi todos barceloneses y de familias acomodadas, que alcanzan categoría universal, destacándose por lo que hoy diríamos «aperturismo», pues la gran urbe barcelonesa del 900 fomenta el cultivo de todas las novedades, al tiempo que sus arquitectos, Gaudí sobre todo, también Doménech y Muntaner, dan nuevo y original impulso al llamado «modernismo», o «Art Nouveau» en Francia, «Modern Style» en Inglaterra o «Jugendstil» en Alemania. José María Sert y Badía, barcelonés (1874-1945), hijo de ricos fabricantes, es el único decorador en el mundo que conserva el ímpetu de Tiépolo y de Goya; cubre extensiones inmensas de muros y de techos en inmuebles tan relevantes como el palacio de la Sociedad de las Naciones, en Ginebra; el hotel Waldorf-Astoria y el edificio Rockefeller, ambos en Nueva York; varios palacios de París, Londres, Madrid y Palma de Mallorca; la gran iglesia del Museo de San Telmo, de San Sebastián, y el Ayuntamiento de Barcelona (salón de las Crónicas), y sobre todo, la catedral de Vich, cuya total decoración planeó tres veces y realizó dos por haber sido destruida en la guerra de España. Su arte, opulento y magnífico,



«La tertulia de Pombo», por Gutiérrez Solana

Lezo (1883-1931); Juan Echevarría, de Bilbao (1875-1931), y Francisco Iturrino (1864-1924), todos extraordinarios artistas, que dan a la pintura vasca, sin duda por primera vez, un puesto de honor en el concierto del arte hispano.

Asusta literalmente, aunque sólo sea enumerarlos, la abundancia de tantos nombres ilustres. Entre ellos

parece querer reflejar su vida fastuosa y novelesca, llena de grandes amores y tremendas desdichas, así como de impulsos generosos, cual el que le llevó a poner su prestigio internacional al servicio de la restitución a España de lo mejor de su patrimonio artístico expatriado. No menos espectacular y maestro, pero también muy distinto, es el arte de «Hermen»



«La vuelta de la montería», por Manuel Benedito

Anglada Camarasa (1872-1958), barcelonés asimismo, que hizo brillar en las grandes exposiciones internacionales, como unos verdaderos fuegos de artificio, sus lienzos deslumbrantes, cuya obsesión, primero, por los retorcidos olivos de Mallorca y, luego, definitivamente, por la espejeante indumentaria típica valenciana —tan propicia para su arte— es bien conocida y tanto contribuyó —con el famoso pasodoble *Valencia*, de Padilla, en la llamada *belle époque*— al prestigio internacional de esta tierra del este español, en toda su dimensión regional, pues los nombres de Liria, Burriana, Gandía, Valencia misma, forman parte de los títulos de algunas de sus más luminosas y mágicas composiciones. En Cataluña pintan también por ese tiempo las figuras insignes, renovadoras algunas, de Isidro Nonell (1873-1911), artista excepcional, amigo de Pissarro, y cuya temática, muchas veces un tanto «de protesta», se hace a la vez más penetrante y sutil por la maestría y la sensibilidad del que es pintor «*i prou*», según decía... Ramón Casas

(1867-1932), temperamento aristocrático, dibujante portentoso, gran retratista, viajero, vinculado al impresionismo francés, es, ante todo, como un espejo de la Cataluña y la España de su tiempo, cuya agitación refleja, pero con una delicadeza distinta de la de Nonell, y tiñe de ternura, emoción y buen gusto cuanto toca. Santiago Rusiñol Prats (1861-1931) brilla en la Barcelona y el París de 1900 como gran personaje «bohemio», como poeta y escritor, incluso como coleccionista de cuadros, hierros antiguos, y aun como «descubridor» del Greco y como pintor, actividad que ejerció discreta y amorosamente en los más bellos jardines españoles, muriendo en Aranjuez, cuyas alamedas y rincones le habían sugestionado.

Otros catalanes son Eliseo Meifrén (1859-1940), gran paisajista, de simple y noble monumentalidad; Nicolás Raurich (1871-1945), creador de un paisaje algo «nuevo», un poco «divisionista»; Joaquín Mir (1873-1940), pintor de gran aliento que plasma toda clase de lugares y luces con aire muy «moderno» ya;

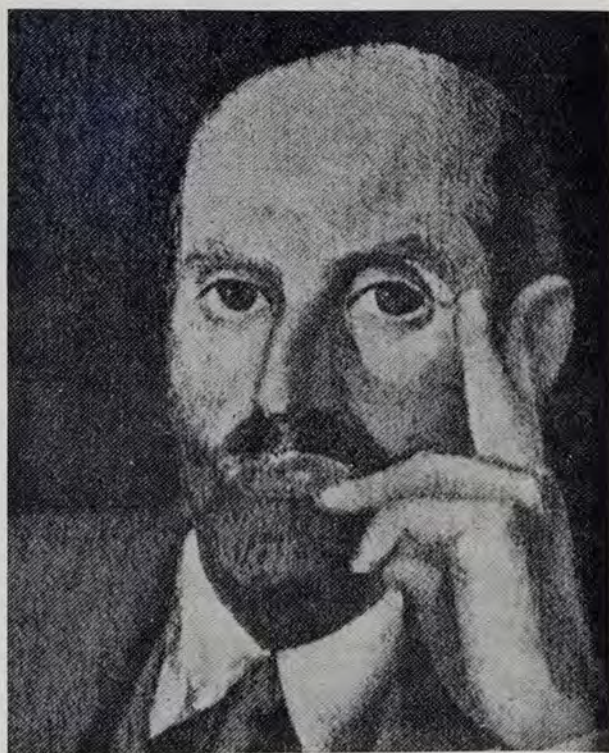
Joaquín Sunyer (1875-1956), de Sitges, pintor más intelectualizado y abstraído, de innegable elegancia y lirismo, a veces con tendencia decorativista, y Xavier Nogués (1874-1941), artista un poco «de vuelta» del impresionismo, grabador, gran dibujante y promotor de iniciativas artísticas, como el Pueblo Español de Barcelona. Ricardo Canals (1876-1931), Miguel Viladrich, José Togores y otros completan el cuadro de la pintura catalana, con su nota personal, dentro de las características de gusto refinado y de inquietud de esta gran generación.

Se pinta bien en toda España. En la Montaña de Santander surgen José Gutiérrez Solana, aunque nacido en Madrid (1886-1945); uno de los más grandes pintores españoles de todos los tiempos, de una terrible fuerza expresiva y un hondo patetismo, cuya temática, macabra o de antrúejo, maniqués, antigüedades, etc., desabrida y fría, recordaba al Bosco, a Brueghel y a Goya, siendo reflejo de su vida triste y de los estigmas hereditarios, pero que sabe ennoblecer con su arte brioso, insistido y elocuente, cualidades que brillan asimismo en su prosa, muy estimable. También son montañeses el extraordinario Agustín Riancho (1881-1930) y María Gutiérrez (Marie Blanchard) (1881-1932), discípula de Sotomayor y relacionada con las tendencias de ultrapuertos; su arte delicado figura entre el de los mejores y más sensibles pintores llamados entonces «de vanguardia». En Asturias, Evaristo Valle (1873-1951) pinta, con gran soltura y profundidad a la vez, motivos y escenas populares de su región, con fuerte y crudo realismo, que resulta expresivo y aun expresionista.

En Galicia nace el ferrolano Fernando Alvarez de Sotomayor (1875-1960), gran prócer del arte, pintor ilustrado, devoto de la tradición artística española, cuyos mejores tesoros del Museo del Prado va a custodiar como director de la gran pinacoteca durante años. Fueron sus competidores y compañeros en una



«La vuelta de la fiestas», por Eugenio Hermoso. Museo de Arte Moderno, Madrid.



Vázquez Díaz: «Retrato de Juan Ramón Jiménez»

famosa oposición para la pensión a Roma, Manuel Benedito y Eduardo Chicharro (1873-1952), pintor éste algo literario, cuya obra va a oscilar entre la mitología oriental, el prerrafaelismo inglés y el hondo realismo hispánico. El otro competidor, el valenciano Manuel Benedito, ya aludido (1875-1963), discípulo de Sorolla, fue el más brillante retratista de la época de Alfonso XIII, y su arte, con gran fuerza de dibujo y un sabio «corte» del cuadro, oscila, al decir de un crítico actual, entre el optimismo y la elegancia. Otro valenciano, aunque nacido en Roma, José Pinazo Martínez (1879-1934), siguió la senda del luminismo sorollista, como el malgrado Peppino Benlliure (1884-1916), también valenciano de Roma, pasando aquél, luego, al estructuralismo postimpresionista un poco congelado. Más en la línea sorollista, a su modo, José Mongrell (1870-1934) supo evolucionar también a un postimpresionismo, muy personal, que en la Generalidad de Barcelona se hace decorativo. Con estilo propio, que le valió en 1948 la medalla de honor, máximo galardón que tantas grandes figuras no alcanzaron, el extremeño, de Frenegal de la Sierra, Eugenio Hermoso (1833-1963), algo «primitivo» y de cromatismo ingenuo, pinta preferentemente los juegos infantiles de las muchachitas de su región, como en *A tapar la calle*, *La Juma*, *la Rufa y sus amigas*, etc. Y en Gibraltar nace el español nacionalizado Gustavo Bacarisas, pintor centelleante, un

poco a lo Anglada Camarasa, de gran efecto decorativo.

En la Andalucía interior, Córdoba ve surgir el arte singular de Julio Romero de Torres (1880-1930), pintor muy influido por la literatura, con la consiguiente exaltación de su obra por los contemporáneos, tan excesiva como su depreciación actual. De sus principios impresionistas y sorollescos pasó a un estilo de gran penetración —un poco prerrafaelista inglés también—, intérprete afortunado del «duende» de Córdoba, creando tipos femeninos y ambientes totalmente definitivos. En Granada practicará una pintura ortodoxamente impresionista y casi velazqueña, recia, José María López Mezquita (1883-1954), que logra el mecenazgo de la infanta Isabel y una apreciación justa en los ambientes artísticos españoles, influyendo en otros pintores locales: Rodríguez Acosta, Mercillo, Soria Aedo, etc. Y en la Andalucía oriental, lindante con Portugal y ribereña del Atlántico, en Huelva, concretamente en Nerva, nace Daniel Vázquez Díaz (1882-1969), poderosamente dotado y sucesivamente influido por el modernismo, el realismo y las tendencias cubistas que trae a España asociadas al vigor del «primitivo» portugués Nunho Gonçalves. Formado en Sevilla, pinta la epopeya del Descubrimiento, iniciada en su tierra, y fue durante años el gran superviviente de una generación gloriosa. En Sevilla, Gonzalo Bilbao (1860-1938) practica un lumi-

nismo muy afín a la tendencia de Sorolla, sin olvidar a Velázquez, y crea escuela, muy reacia a las novedades e «ismos» europeos.

Hasta en la más remota de las comarcas españolas, el archipiélago «afortunado» de las Canarias, Néstor Martín Fernández de la Torre, de Las Palmas (1887-1938), pinta sus poemas del Atlántico y de las islas con la riqueza y perfección de esmaltes policromos y, a la vez, con gran sentido de la composición.

Este es el ambiente, complejo y sugeridor, en que se forman los dos artistas españoles que van a revolucionar muchos conceptos y prácticas pictóricas, el madrileño Juan Gris (José Victoriano González, 1887-1927) y Pablo Ruiz Picasso (1881-vive), de Málaga, recriado en Barcelona, junto a algunos de los catalanes citados, y Miguel Utrillo, entre otros.

Gris y Picasso, en el campo propicio del París novocentista, abren paso a la nueva pintura, en la que estarán con ellos, siempre presentes, y aun en lugar destacado, nuestros compatriotas, más o menos vinculados, a veces incluso personificándolos, a esos «ismos» que van a sucederse con ritmo de vértigo; pero esto pertenece ya a otra época, en que nuevas grandes conmociones cambiarán la faz del mundo, el talante de las gentes y no pocas ideas, entre ellas el mismo sentido de la belleza y la misión del arte.

*EL MARQUES DE LOZOYA*